

El general mandó entonces traer los cañones gruesos y con ellos abrir una brecha por la cual penetraban las descargas de los arcabuceros y ballesteros. Los indios se retiraron despues de defender el puente por mas de dos horas.¹ Los españoles se arrojaron á la acequia que era superficial, escalaron sin dificultad la muralla, y se precipitaron sobre los indios que huyeron hasta refugiarse en la plaza donde la sagrada pirámide se aventajaba sobre todos los edificios de la ciudad. Era aquel un lugar muy familiar á los españoles: de un lado estaba el palacio de Axayacatl, su antiguo cuartel, donde muchos de ellos habian pasado tan crueles trabajos: del opuesto estaba el conjunto irregular de edificios bajos, residencia en un tiempo del infortunado

1 Ibid, ubi supra. Ixtlilxochitl, ubi supra. Aquí termina la obra últimamente citada del historiador tetzcocano, el cual nos ha acompañado desde el primer momento de nuestra narracion hasta este punto del último sitio de la capital. Es imposible conocer si las últimas páginas del manuscrito se han perdido, ó si este fué interrumpido por la muerte del autor. Pero esta falta se suple con su breve bosquejo de los últimos acontecimientos de la conquista, que nos ha dejado en otro de sus escritos. Indudablemente que eran elementos para estar bien informado, el conocimiento de la lengua y de la pintura geroglífica, y el trato con los actores de las escenas que describe. Todas estas ventajas están contrapesadas por la falta de criterio, no quiero ya decir entre lo verdadero y lo falso, (porque ¿qué es lo verdadero?) sino entre lo probable ó siquiera posible, y lo que es imposible. Perteneció á la primera guarnicion india convertida á la fé católica, y vivió en un crepúsculo de civilizacion, en que si no era fácil hacer milagros, sí lo era creerlos.

Moteuczoma: el tercer lado de la plaza estaba ocupado por el coatepantli ó "pared de las serpientes," que circundaba al *teocalli* mayor y encerraba los edificios destinados al culto. Los españoles se detuvieron á la entrada de la plaza, como oprimidos y agobiados por los recuerdos que se agolpaban á su cabeza en aquel instante; pero el intrépido caudillo, impaciente de aquella vacilacion, les ordenó bruscamente que cargasen sobre los aztecas antes de que estos tuviesen tiempo de reunirse, y poniéndose en un brazo su adarga, y levantando con la otra mano su espada dió el grito de "Santiago" y arremetió contra el enemigo.¹

Los mexicanos intimidados con la presencia de su detestado enemigo que á pesar de todos los esfuerzos hechos por atajarlo habia logrado penetrar hasta el corazon de la ciudad, no pudieron ya resistir, y se retiraron, ó por mejor decir, huyeron en busca de abrigo al recinto del templo mayor en cuyo átrio habia multitud de edificios que podian servir de puntos fuertes de defensa. Veíase á algunos sacerdotes vestidos con sus toscas túnicas salpicadas de sangre, recorrer los terrados que circuian la pi-

1 "Y con todo esto no se determinaban los cristianos de entrar en la plaza, por lo cual diciendo Hernando Cortés que no era tiempo de mostrar cansancio ni cobardia, con una rodela en la mano, apellidando Santiago, arremetió el primero." Herrera, Hist. General, dec. 3, lib. 1, cap. 18.

rámide, y entonar himnos en honor de los dioses, animando á los guerreros de abajo á combatir esforzadamente en defensa de los altares.¹

Los españoles penetraron por las puertas que encontraron abiertas, y unos pocos subieron por la tortuosa escalera hasta la cumbre del templo. No se veía en él la cruz ni ningun otro de los símbolos de la fé católica, que habian dejado la otra vez. Una nueva efigie del dios de la guerra habia reemplazado á la que demolieron y ostentaba una caprichosa y horrorosa forma, en el mismo santuario que su predecesor. Los españoles le despojaron de la máscara de oro y de las alhajas de que estaba cargado; precipitaron á los sátrapas de lo alto del templo y acudieron en ayuda de los compatriotas que pugnaban en el átrio, que bien lo necesitaban.²

Los aztecas indignados del sacrilego ultraje que en su presencia se habia inferido á sus dioses, y sacando todo el valor que les inspiraba lo sado grade

1 Sahagun, Hist. de Nueva-España, lib. 12, cap. 32.

2 Ixtlixochitl, en su 13.^a Relacion que comprende, entre otras cosas, una breve noticia de la toma de México, y que ha sido dada á luz por el laborioso Bustamante, atribuye á Cortés todo el mérito de esta hazaña. En la capilla mayor donde estaba Huitzilopochtli y á la que llegaron Cortés é Ixtlixochitl á un tienpo ambos embistieron con el ídolo. Cortés cogió la máscara de oro que tenia puesta este ídolo con ciertas piedras preciosas que estaban engastadas en ella." Venida de los españoles, pág. 29.

lugar, arrojaron un grito de horror y de furia vengativa, se pusieron en algun orden y se echaron sobre los españoles como movidos de un solo impulso. Los que habian quedado cerca de la entrada, no obstante que fueron cogidos de sorpresa, hicieron un esfuerzo para mantenerse dueños de la puerta; pero fué en vano, porque el tropel de indios los arrolló hasta la plaza, donde los atacaron otros cuerpos que habian acudido de las calles inmediatas. Las tropas españolas, dispersas y perdida su presencia de ánimo, no hicieron conatos por rehacerse, atravesaron la plaza, abandonaron el cañon que habian situado en ella, y tomaron la calzada de Ixtapalapan. Allí se encontraron con los aliados que envueltos en el choque de los blancos y participando de su pánico terror, aumentaron la confusion: los ojos de los fugitivos cegados por tantas saetas y piedras como arrojaban los aztecas desde las azoteas, no podian distinguir á amigos de enemigos. En vano Cortés procuraba contener el torrente y restablecer el orden: su voz se perdía entre el sordo rumor de los fugitivos, que eran empujados como tronco que arrebatada en su furia la corriente.

Todo parecia perdido, cuando de repente se oyó en una calle inmediata un ruido como de pisadas de caballos que galopaban apresuradamente. El ruido se acercaba cada vez mas y mas, hasta que

un cuerpo de caballería asomó por una de las bocas calles laterales. A pesar de que eran un puñado se abrieron paso por entre las masas enemigas. Varias veces hemos hablado del terror supersticioso que imponían á los indios los caballos y los ginetes; y aunque la larga permanencia de los españoles en la capital había hasta cierto punto, familiarizado á los indios con su vista, había pasado tanto tiempo sin que volviesen á verlos, que sus misteriosos temores habían revivido en toda su fuerza.

Cuando se vieron, pues, de improviso atacados de flanco por la caballería, les sobrecogió un terror pánico y se pusieron en completa confusión que se propagó hasta las filas delanteras; lo cual visto por Cortés, se volvió con la rapidez del relámpago, y ayudado de sus compañeros logró replegar á los indios hasta el recinto de la plaza.

Era ya la hora del crepúsculo, y como en breve iba á envolverlos la noche, no hicieron los españoles ninguna tentativa para aprovecharse de su última ventaja. Mandó, pues, tocar retirada, lo que ejecutó en buen orden, llevándose la artillería que había sido abandonada en la plaza. Los aliados iban por delante: seguía la infantería española, y cerraba la marcha la caballería, de suerte que quedó invertido el orden en que vinieron. Los aztecas persiguieron al ejército, y no obstante las repetidas des-

cargas que les daba la caballería, seguían desde lejos arrojando inútilmente proyectiles, y llenando el aire con sus bramidos y gritos, como si fuesen una manada de lobos rabiosos, á quienes se ha escapado la presa. Hizose tarde antes de que pudiese llegar el ejército á sus cuarteles de Xoloc.¹

Sandoval y Alvarado habían ayudado á Cortés en el ataque de la ciudad, aunque ninguno de ellos había penetrado hasta los suburbios, acaso por la dificultad de hacerlo; la cual para Alvarado debe haber sido mayor que para Cortés; pues su campamento estaba separado de la ciudad por mayor número de fosos. También aumentaba la dificultad la falta de bergantines; hasta que Cortés mandó la mitad de la flotilla en ayuda de sus oficiales. Sin la cooperación de estos no habría aquel internándose tanto, ó acaso ni aun habría podido llegar á pisar la ciudad. El éxito del asalto esparció el terror no solo entre los mexicanos sino entre sus tributarios que vieron que tan formidables preparativos de defensa, de poco habían servido contra los blancos, los

¹ "Los de á caballo revolvían sobre ellos, que siempre alcançaban ó mataban algunos; é como la calle era muy larga, hubo lugar de hacer esto cuatro ó cinco veces. E aunque los enemigos van que recibían daño, venían los perros tan rabiosos que en ninguna manera les podíamos contener ni que nos dejasen de seguir." Relac. Terc., pág. 520. Herrera, Hist. General, dec. 3, lib. 1, cap. 18. Sahagun, Hist. de Nueva-España, MS., ib. 1. cap. 32. Oviedo, Hist. de las Ind., MS., lib. 33, cap. 23.

cuales superando todos los obstáculos, habían penetrado hasta el corazón de la ciudad. Por consiguiente, varias provincias de las inmediaciones mostraron su buena disposición á someterse á los españoles y les pidieron protección. Entre las ciudades sometidas estaban Xochimilco, aquella que tan cruelmente había tratado á los invasores, y algunas de otomíes, raza inculta, pero valiente que moraba en los confines occidentales del Valle. ¹ Su sumisión era importante, no tanto por los refuerzos que podían proporcionar, cuanto por la seguridad en que quedaba el ejército, amenazado siempre en su retaguardia, por estos belicosos bárbaros.

El mayor socorro que entonces recibieron los españoles vino de Tetzcoco, cuyo príncipe Ixtlilxochilt había llegado á reunir un refuerzo de cincuenta mil hombres, si hemos de creer á Cortés, y venía conduciéndole en persona. De orden del general fueron distribuidos entre las tres divisiones sitiadoras. ²

1 La gran masa de los otomíes era una raza salvaje que habitaba las anchas crestas de la mesa, allá en lo apartado del septentrion. Pero algunos de ellos habían penetrado en el valle y habían entrado en alianza con los tetzcocanos y aun con los tlaxcaltecas; y eran unos de los mejores soldados de los ejércitos de estas dos naciones.

2 "Istrisuchil (Ixtli xochilt) que es de edad de veintitres ó veinticuatro años, muy esforzado, amado y temido de todos." (Relac. Terc., pág. 257.) Reina entre los historiadores la mayor oscuridad en lo tocante á este príncipe, al cual parece que han

Reforzadas de esta suerte, determinó Cortés dar á la capital un nuevo ataque, antes de que tuviese tiempo de recobrase del primero. Diéronse órdenes á los comandantes de las otras divisiones para que atacasen al mismo tiempo que él, y le ayudasen á la manera que lo habían hecho antes. Ordenóse la marcha del mismo modo: la infantería iba á la vanguardia, y le seguían los aliados y la caballería. Pero los españoles con gran pesar suyo, vieron que habían sido abiertos de nuevo tres fosos, y que el infatigable enemigo había llevádose las piedras y demas materiales que los llenaban. Trajéronse, pues, los cañones, demolióse la muralla, vinieron los bergantines y atacaron al enemigo por los flancos, y éste fué desalojado de la misma manera que anteriormente. En suma, tuvo que hacerse todo de nuevo; pero todavía no era la una de la tarde cuando los españoles estaban de nuevo en la ciudad.

confundido muy frecuentemente con su hermano el que le precedió en el trono de Tetzcoco. Es raro que á ninguno de los dos se le miente con otro nombre que al de Hernando; y si es cierto, como Herrera lo asegura, que los dos tenían ese nombre esto explica hasta cierto punto la dicha confusión. (Hist. General, dec. 3, lib. 1, cap. 18.) En el texto me he conformado con la autoridad del antiguo cronista, quien sus noticias acerca de su real pariente, las había obtenido, según él mismo cuenta de las historias escritas de su nación, y de la narración oral de los contemporáneos del príncipe. Venida de los españoles, págs. 30, 31.

La entrada en los suburbios no fué tan difícil como antes, porque los edificios desde cuyas azoteas les habian causado tanto daño, habian sido arrasados. Sin embargo, tuvieron que disputar el terreno palmo á palmo con la milicia azteca que peleó con el mismo ardimiento que la primera vez. Cortés, que de buena gana habria perdonado á los morados, como él lo dice, veia con tristeza que se le obligase á hacer una guerra de esterminio; y se figuró que no habria mejor medio de aterrarles que quemar de una vez algunos de los edificios que ellos estaban acostumbrados á mirar con veneracion. ¹

Cuando entró en la plaza mayor escogió para quemarlos, los palacios de Axayacatl, su antiguo cuartel. La larga fila de edificios bajos que lo formaban, eran de piedra; pero las obras exteriores, los torreones y techos, eran de madera. Los soldados para quienes la vista de aquellos edificios traia tan funestos recuerdos, pusieron mano á su destruccion con el inmenso furor que los franceses á la de la Bastilla. Por todas partes se traian teas encendidas; las partes interiores del edificio se incendiaron pron-

1 "Daban ocasion y nos esforzaban á que totalmente los destruyésemos. E desta postrera tenia mas sentimianto y me pesaba en el alma, y pensaba que forma tendria para los aterrorizar de manera que viniesen en conocimiento de su yerro, y del daño que podian recibir de nosotros, y no hacia sino quemillas y derrocalles las Torres de sus ídolos, y sus Casas." Relac. Tere. pág. 254.

tamente y las llamas en pocos momentos cundieron al segundo piso, al traves de las inflamables puertas de madera. Cebóse allí el fuego, y antes de que pudiese vérsele desde fuera, salian de todas las aberturas y hendiduras, densas nubes de humo negro que envolvian toda la ciudad, semejantes á un paño mortuorio. Disipólas en seguida una llamarada que envolvió todas las partes superiores del palacio, hasta que faltando á los torreones su apoyo, vinieron por tierra entre nubes de polvo y ceniza, y con un estrépito que contuvo á los españoles por un momento en su obra de devastacion.

Pero fué solo por un momento. Del otro lado de la plaza, contiguos al palacio de Moteuczóma, habia otros edificios destinados á los animales. Condenóse á la destruccion, la pajarera llena de muestras de todas las pintorescas variedades de aves que pueblan las selvas de México. Era un edificio esbelto y elegante, construido al estilo indio, y que atendido su objeto, era indudablemente una prueba del refinamiento del gusto del monarca. Sus ligeros materiales que eran madera y carrizos, formaban contraste con los macizos edificios de piedra de que estaba circuido, y lo hacian á propósito para llenar las miras de los conquistadores. Aplicósele el fuego, y el hermoso y caprichoso edificio fué en un solo momento envuelto en las llamas que esparcieron su

lúgubre fulgor por toda la ciudad y la laguna. Los alados habitantes ó perecieron en el fuego ó los que eran mas fuertes, rompieron el enrejado y se elevaron en los aires; y despues de revolotear por algun tiempo al rededor de la sagrada ciudad, huyeron con horribles gritos á sus selvas nativas, hasta mas allá de las montañas.

Los aztecas contemplaban horrorizados la destruccion del venerable asilo de sus reyes, y de los monumentos de su pompa y esplendor. Su cólera llegó hasta la ceguedad cuando vieron á sus odiados enemigos los tlaxcaltecas, ocupados en la obra de desolacion y ayudados por los tetzcocanos, aliados y hasta parientes de los mexicanos: Desatáronse en amargas execraciones contra todos ellos y especialmente contra el jóven Ixtlilxochilt, que como iba inseparablemente al lado de Cortés, participó de todos los peligros de la jornada. Los combatientes le decian desde los techos de las casas, cuando pasaba por abajo, los epítetos mas injuriosos, llamándole falso, traidor á su patria y á su sangre; en lo cual, como lo confiesa el mismo historiador pariente suyo, tenian razon. Pero él no prestó

1 "Y desde las azoteas deshonrarle llamándole de traidor contra su patria é deudos, é otras razones pesadas, que á la verdad á ellos les sobraba razon; mas Ixtlilxochilt callaba y pesaba, que mas estimaba la amistad y salud de los cristianos, que ó desto." Venida de los españoles, pág. 32.

oído á sus improperios y proseguia descaradamente su camino sin vacilar en su fidelidad á la nueva causa que habia abrazado. Cuando entró en la plaza mayor arremetió con el general azteca: le arrebató una lanza que este último habia ganado á los cristianos, y descargando sobre él un golpe con el pesado "maquahuitl," le dejó tendido sin vida en el suelo.¹

Habiendo llenado el general español el objeto que se proponia, mandó tocar retirada enviando por delante á los indios aliados. Los mexicanos enfurecidos con sus pérdidas, se arrojaron ciegos de cólera sobre los ginetes procurando apearlos de la silla y dándose por satisfechos con perder una vida por cada golpe dado á un enemigo. Afortunadamente la mayor parte de las tropas estaba empleada en contener el asalto por los otros rumbos de la ciudad; pero con todo, atacaron á los de Cortés con tal brío, que pocos de los suyos llegaron á sus cuarteles sin llevar en el cuerpo alguna memoria de aquel desesperado combate.

El dia siguiente, y aun pudiera decirse, que los dias siguientes repitió Cortés sus asaltos, sin cuidar, de descansar, como si él y sus soldados fuesen de fierro. Una ocasion entró á la calle de Tlacopan, en la cual pasó tres puentes, deseando ponerse en comunicacion si posible era, con Alvarado que estaba

1 Ibid, pág. 20.